REPERTORIO AMERICANO

Editor: J. GARCIA-MONGE

Tomo III	San José de Costa Rica, Lunes 20 de Febrero de 1922	Nº 26

EL RESPETO DE LOS HOMBRES Y EL RESPETO DE LAS IDEAS

Por FRANCISCO ANTONIO ENCINA

El 29 de junio de 1846, Sir Roberto Peel, vejado, escarnecido por las invectivas del que más tarde debía ser Lord Beaconsfield, a la sazón el novelista judío Benjamín Disraelí, y abandonado por los suyos, salía cabizbajo de la Cámara de los Comunes a depositar en manos de la Reina la renuncia del cargo desde el cual tanto había contribuído a la grandeza de Inglaterra.

A pesar de la justicia de su causa, el gran estadista, cuyas fuerzas se habían consumido prematuramente en el servicio de su patria, obligado por las circunstancias a un violento cambio de frente, no pudo sostenerse delante de un político que lo excedía en dotes oratorias y que se encontraba en todo el apogeo de la edad y del talento. Silenciosa, descubierta, en íntima comunión de respeto, marchaba a su lado una enorme muchedumbre. Eran los comunes y los asistentes al debate, que después de saludar en el todavía oscuro novelista judío, al futuro conductor del pueblo inglés, engrosados por los que encontraron al paso, rendían al gran Ministro el postrer tributo de su veneración.

El estadista se desplomaba en su carrera política, pero caía sobre la almohada de finísima plumilla que el pueblo inglés se apresuró a tenderle, como homenaje a su talento, a su rectitud, a su nobleza de alma y a sus servicios.

Este recuerdo de mis lecturas ya lejanas, sobre la historia política de Inglaterra, acude por contraste, a mi memoria, cada vez que entre nosotros se discute el prestigio de los hombres. El estadista chileno tiene, también, su apoteosis; pero es una apoteosis póstuma. En el cerebro del chileno no hay espacio para que quepan juntos el valor de los estadistas que fueron y de los que son.

Mientras conserva su vigor físico e intelectual, es decir mientras puede ser útil a su patria, el hombre de Estado es entre nosotros una especie de fiera dañina o peligrosa, a la cual hay que acosar. Contra él todas las armas son buenas. Se le discute el talento y la sagacidad; y a aquel que no es posible reducir al nivel común, porque lo rebalsa y revienta, se le niega el equilibrio o se duda de su honradez. Se anotan con prolijidad benedictina sus defectos y hasta sus manías más inofensivas y se arroja un espeso manto sobre sus grandes cualidades. Desde las pequeñeces que mortifican hasta las calumnias que infaman, son buenas armas, siempre que su blanco sea un hombre público. Diríase que el común de la gente toma la denominación en su sentido literal. A un diputado que había escarnecido con excesiva dureza a un colega, el presidente le dijo en privado y en son de reproche amistoso: «Compañero, se le pasó la mano. Sus latigazos estaban buenos para dárselos a un Ministro pero no a un colega». Hubo quien para creer en la honradez de Pinto necesitó cerciorarse de que, al dejar la Presidencia de la República, tuvo que aceptar el puesto de traductor en «El Ferrocarril», que don Juan Pablo Urzúa inventó para hacerle aceptar en forma decorosa un auxilio que le ayudara a sostenerse.

Cuando la muerte los arrebata al escenario político o la senectud los incapacita, empieza la apoteosis. Pero no es una apoteosis hija del respeto y de la gratitud. No es la veneración que todo pueblo debe a los hombres superiores que condujeron su destinos y labraron su grandeza. Es una apoteosis surgida de la necesidad de empequeñecer a los hombres del presente. La irritación contra la superioridad actual, atempera la irritación contra la superioridad pretérita. El sello de su origen va impreso en la forma del elogio. Los estadistas del pasado... esos sí que eran hábiles, probos y competentes!

Pasa una generación, llevándose consigo los pocos hombres superiores que produjo; y al punto los empequeñecidos y vilipendiados de ayer, empiezan a ser engrandecidos y ensalzados. Les ha llegado el turno de servir de término de comparación para deprimir y escarnecer a los talentos de la generación que los reemplazó.

(*Mercurio*. Santiago de Chile).

LA TRAICION EN GUATEMALA

Por JACINTO LÓPEZ

(Tomado de La Reforma Social, Edición de Enero, 1922).

La traición acaba de repetir en Guatemala la historia contemporánea de México y Costa Rica. Un tal Orellana, General, por supuesto, desconocido hasta ahora, como en sus respectivos casos Huerta y Tinoco, fuera de las fronteras de su país, y famosos hoy, cual ellos, en los fastos del crimen en América, derribó por un golpe de cuartel, la noche del 5 de diciembre, el Gobierno Constitucional de Guatemala, el solo Gobierno genuinamente representativo que Guatemala ha tenido en toda su existencia de nación soberana e independiente. Este señor Orellana era el Jefe de Estado Mayor del Ejército, nombrado por el Presidente Constitucional de la República; y con las fuerzas nacionales confiadas a su honor y su lealtad destruyó en una noche las instituciones de la República y restableció el reinado de la usurpación, la violencia y el crimen.

La traición de Huerta reabrió el período de las guerras civiles en México, fué la causa de una larga y desastrosa guerra intestina, la dictadura que fué su engendro se manchó con la sangre y la infamia de todos los delitos, promovió los más graves conflictos internacionales, sometió al país a las más grandes humillaciones, debilitó profundamente a México, dió tremendo ímpetu al peligro extranjero, y sus funestas consecuencias no han concluído todavía. De cuanto ha ocurrido en México desde el 20 de febrero de 1913 es responsable la traición de Huerta. Sin el monstruoso crimen de

este bandido, la paz se habría consolidado en México y con ella la práctica de las instituciones republicanas y democráticas. Hombres civiles e idóneos se habrían sucedido en el poder, el país no estaría hoy bajo el peso abrumador de las deudas de tantos años de guerra ni bajo la sombra opresiva de los resultantes problemas internacionales.

La traición de Tinoco produjo un hecho nuevo en la historia de Costa Rica, el despotismo y la guerra civil, y alteró por completo las relaciones internacionales de la República con el mundo entero. La nación fué sometida a dolorosas humillaciones en el extranjero y prácticamente no tuvo existencia internacional durante los dos años de dictadura de los dos delirantes malhechores que por un golpe de cuartel se apoderaron del Gobierno el 27 de enero de 1917.

De la traición del nuevo Huerta y del nuevo Tinoco no puede salir sino la dictadura y la guerra civil. El reloj ha marchado pues hacia atrás en Guatemala. La mano del crimen ha interrumpido allí como en México el proceso de la modernización del país en la evolución de la organización constitucional y ha restaurado el pasado con su expresión de fuerza, de opresión y de terror. Guatemala está hoy en los tiempos de México bajo Huerta y de Costa Rica bajo Tinoco. Esta es la virtud de la traición en todas partes, trabajar para el pasado, la catástrofe, la barbarie y la muerte.

Huerta era el Jefe del Ejército Constitucional de México, y con las fuerzas confiadas a su honor y su lealtad, depuso al Presidente y lo asesinó. Tinoco era el Ministro de Guerra del Gobierno Constitucional de Costa Rica, y por los métodos de Huerta depuso al Presidente y no lo asesinó o porque no vió en él una amenaza o porque temió que Washington lo tratara como a Huerta. Washington lo trató como a Huerta sin embargo. El «General» Orellana era el Jefe del Ejército Constitucional de Guatemala, y con el alma de Huerta y de Tinoco depuso al Presidente y lo encarceló. Estos tres grandes enemigos públicos, estos tres depravados y desesperados criminales, han tenido por igual como móvil de su crimen, la ambición personal. Lo han jugado todo, como ladrones nocturnos, en un golpe de audacia, se han instalado en el poder a explotar su conquista con la seguridad y la confianza del ladrón que se entrega al disfrute de los caudales robados.

Los antecesores del nuevo Huerta y del nuevo Tinoco, los modelos cuyo ejemplo ha reproducido el «General» Orellana en Guatemala, no han logrado perdurar sin embargo, ni vivir en paz en el poder. Huerta vivió en zozobra y combatido y perseguido hasta el momento de su cobarde fuga, porque estos piratas cuartelarios de América son tan malvados como cobardes, y la perversidad y la cobardía son sus más descollantes características. Tinoco no conoció un día de paz en la posición de mando que debió a la traición, vivió en la incertidumbre, en la instabilidad, en la ansiedad y la tortura de la conspiración y la hostilidad de todas las cosas coaligadas contra él dentro y fuera de su país, y huyó como Huerta, en un acto de cobardía, con el horror del poder por cuya conquista había cometido el más infamante crimen y dominado sólo por el anhelo animal de conservar la vida. La execración de su patria y del mundo hoy, de la historia mañana, cubre su nombre, como cubrirá su memoria, como cubre y cubrirá eternamente la memoria de Huerta. El «General» Orellana no escapará a este destino. Su suerte será la misma, será tal vez más trágica, que la de sus maestros de México y Costa Rica. La traición es un delito que lleva consigo su propio castigo y marca con baldón indeleble a sus actores. Es absolutamente infecunda, no funda nada y sus resultados son tan malignos que devoran a su propio padre. El último gran traidor de estos tiempos, el desgraciado «General» Orellana, llega, además, en una hora demasiado impropicia. Huerta y Tinoco todavía estuvieron, puede decirse, dentro de su tiempo. El nuevo Judas no. La hora está en contra suya. Es anacrónico; y su éxito está fatalmente condenado a ser más efímero que el de los bandoleros cuyas hazañas ha querido imitar. Huerta no sobrevivió mucho tiempo a su aventura. La tierra se lo tragó pronto después de que los hombres y las cosas hicieron imposible su permanencia en el poder, y su muerte escribió una severa lección en la carrera de los ambiciosos criminales. Tinoco vive, pero vivir es la expiación de su crimen. Vive para asistir a su deshonra, a su repudiación, a su ostracismo, a la ruina de todas sus quimeras de parásito sin moral y sin conciencia. Vive para el tormento del recuerdo de su hermano y compañero en la traición y el despotismo, muerto como un perro rábido en las calles de San José de Costa Rica, dejando con su muerte otra dura lección escrita en la historia de los aventureros galoneados que perpetúan en la América la ignominia y el azote de las traiciones militares. Tinoco huyó también, como hemos dicho. Huyó del poder, por el que había cometido el crimen de traición. Huyó de su pueblo, del teatro de sus crímenes, de la visión del castigo. El acto final del drama de su traición fué un acto de cobardía, como el del drama de la traición del soldado báquico de México. La traición no es sino el crimen más vil de la ruindad humana. Es por sobre todas las cosas cobarde. El traidor no es sino el más cobarde y más villano de los seres humanos. Es por esto por lo que el traidor surge como un cobarde y cae como un cobarde. En la sombra prepara y ejecuta su golpe, seguro de la impunidad inmediata; y a la fuga confía su salvación, incapaz de hacer frente como hombre a las responsabilidades de su maldad en la hora de la crisis y del peligro, cuando todas las fuerzas humanas del bien y la justicia se levantan cual una tempestad para aplastarlo.

Madero era un hombre de bien, un hombre de honor y de corazón, un hombre de excelsas virtudes, el hombre más ilustre por sus condiciones personales que podía haber ascendido al poder en México; y lo derrocó y lo inmoló un sargentón vulgar y grotesco, un villano alcohólico, sin más títulos para el mando que su crimen, su audacia y el terror que inspiraba. Alfredo González era un hombre de bien, un hombre decente, un hombre inteligente, un hombre honrado, cándido y confiado en los hombres como un niño; y lo despojó un fullero, que había velado tras la oportunidad toda su vida y que no había vivido ni aspiraba a vivir sino para el ocio y el regalo. Herrera era un hombre de bien, un hombre de posición en la vida, un hombre de trabajo y de fortuna, un hombre digno de estimación y de respeto; y lo asalta y lo arroja del Capitolio un antiguo pretoriano del despotismo como Huerta, una escoria del cuartel, un abyecto profesional de la espada, que ha degradado la espada toda su vida en la lealtad al despotismo, y peinando ya cabellos grises la degrada en la traición al derecho, al orden legal y la libertad constitucional, representados por el Gobierno popular del Presidente Herrera. En el cuartel están, pues, los enemigos de la civilización en América.

El héroe de la traición del 5 de diciembre es una hechura y criatura del cruel y depravado despotismo de Estrada Cabrera. Como este despiadado verdugo mantuvo por cerca de un cuarto de siglo el cetro de Nerón en sus manos, y la edad del nuevo pretendiente a la plaza de verdugo vacante en Guatemala desde que Estrada Cabrera cambió de domicilio y pasó del Capitolio a la Penitenciaría, es según parece de medio siglo y un lustro, es claro que nació a la vida de cuartel bajo el despotismo de Estrada Cabrera y que no tiene hoy memorias de su vida de soldado que no estén relacionadas con el pasado que llenan los espantosos crímenes de la tiranía

que emergió del cadáver de Reina Barrios. Este hombre, pues, no tiene más moral que la del despotismo, ni más mentalidad que la del despotismo, ni más escuela que la del despotismo. El no era, por otra parte, uno de tantos en la soldadesca y la turba de lacayos del amo; sino que él era un preferido, un favorito del despotismo, uno de los hombres de más confianza y más íntimos (en el sentido de cercanía) del déspota. El era el más visible y más significado representante de la fuerza bruta e inconsciente que servía de sostén al despotismo. El era bajo la tiranía de Estrada Cabrera, como bajo el régimen legal del Presidente Herrera, el Jefe del Ejército. El fué leal a su amo por todos los años de su fúnebre reinado, pero, con el instinto de las cosas, la última revolución lo encontró en sus filas a la hora del triunfo. El iba con su amo en el carruaje a cuyo paso una bomba estalló en una de las calles de la ciudad de Guatemala, un día del año de 1907. El fué herido por la explosión; y fué él quien extrajo del coche y acompañó a su casa al verdugo salvado por su estrella de la muerte a que lo había sentenciado la justicia del pueblo oprimido. Un hado bondadoso habría hecho perecer al «General» Orellana en aquel trance; pero los hados no tuvieron piedad de él y lo protegieron en aquel peligro y le conservaron la vida hasta hoy, para que se sepultara, antes de morir, en el oprobio y la miseria del crimen que ha cometido.

El golpe de cuartel del «General» Orellana, es la reacción del despotismo vencido, el último esfuerzo del despotismo por la supervivencia. Así fué en México con Huerta. Félix Díaz, Huerta, Blanquet, eran el pasado, representaban la reacción del partido de la dictadura de los treinta años, eran la rebeldía contra el triunfo de la revolución, que era el triunfo del pueblo. De todas las desgracias públicas de México desde la destrucción del régimen constitucional con el asesinato de Madero, es responsable el partido de la dictadura. La tribu de Estrada Cabrera en Guatemala no está saciada con cerca de veinticinco años de poder absoluto, y se obstina en la retención del despotismo. Esta es la significación del golpe de cuartel del 5 de diciembre. Es la vuelta al pasado, la vuelta a la tiranía, la vuelta al estado de barbarie, la *restauración*, no con Estrada Cabrera en persona, probablemente, pero con sus hombres y con su criatura el «General» Orellana. Todo esto se disfraza o se oculta con el manto del liberalismo, por supuesto; y de este modo nada le falta al movimiento reaccionario contra la república y la libertad para su completa identidad con el despotismo de Estrada Cabrera, que ejerció imperturbablemente la tiranía en nombre del liberalismo.

En Guatemala ha triunfado y predomina hoy como fruto de la traición de diciembre, un siniestro triunvirato militar compuesto de tres «Generales», el «General» José María Orellana, el «General» José María Lima, pretoriano del despotismo como el primer triunviro, y con una célebre página en la historia del despotismo de Estrada Cabrera, porque fué él quien tramó y ordenó, de acuerdo con su amo, el asesinato del General Barillas, proscrito en México como enemigo del régimen de Cabrera, con graves consecuencias internacionales entre los dos Gobiernos; y el «General» Miguel Larrave, «Generales de División del Ejército de Guatemala», los tres. Son éstos los hombres que han sucedido al Presidente Herrera y a su gobierno constitucional. Son éstos los hombres que se han alzado contra la voluntad de la nación representada en el Gobierno derribado, el primer gobierno elegido popularmente en Guatemala. Son éstos los hombres que de nuevo pretenden imponer al pueblo de Guatemala el despotismo del gobierno personal, usurpador e irresponsable. Detrás de ellos están, por supuesto, los hombres envejecidos en el régimen pasado, la tribu insaciable de Estrada Cabrera.

Estos tres criminales asociados en el golpe nocturno del 5 de diciembre, se intitularon el día siguiente «Consejo Militar», y bajo esta denominación «asumieron» por «decreto» el «Poder Ejecutivo de la Nación», «*con todas las facultades extraordinarias que las circunstancias demandan*», convocaron en seguida, siempre como Consejo Militar, o Consejo de Guerra, la «Asamblea Nacional Legislativa», es decir, la última legislatura del despotismo de Estrada Cabrera, la cual se reunió instantáneamente, cual si hubiera estado aguardando la convocatoria a la puerta del cuartel, y ante ella se presentaron en cuerpo los tres desaforados a hacer la relación de las ocurrencias del 5, «dirigidas a establecer el orden constitucional», según palabras del «General» Orellana en el «manifiesto» que leyó ante la «Asamblea», la cual lo nombró sin pérdida de tiempo «Primer Designado a la Jefatura del Estado». En la proclama que firma con tal motivo dice este cínico: «La Constitución Federal y la del Estado serán la norma invariable de mis actos».

En esta situación, ¿qué va a suceder en Guatemala? En el más grande interés de la civilización está que estos aventureros salidos del cuartel sean inmediatamente eliminados y ejemplarmente castigados. Se ha publicado que Washington ha insinuado a los Gobiernos de Honduras y El Salvador, la observancia de una política de abstención y de inercia, «en interés de la paz en Centro América». Lo que quiere decir que Washington, en nombre de «la paz en Centro América», condena a Guatemala al despotismo y a la guerra civil. Garantizado en su existencia y en su libertad de acción por la política que Washington aconseja, el triunvirato formado en las conspiraciones de los cuarteles del despotismo, copiará a Tinoco en Costa Rica, y por una farsa eleccionaria procurará regularizar y legitimar el crimen de la traición y destrucción del Gobierno Constitucional, *eligiendo* a Orellana, que tiene todo el perfil del tirano tradicional, Presidente de la República. El pueblo de Guatemala no se resignará a esta mentira y procurará el restablecimiento de su soberanía y sus libertades por medio de la revolución y la guerra civil. Un gobierno de fraude, un gobierno de opresión, la guerra civil, la paz mortal del despotismo con la revolución siempre en latencia, son las posibilidades de la situación que en Guatemala ha originado el golpe de cuartel de los desalmados del despotismo.

Estas posibilidades pueden ser ahogadas y substituídas sin embargo por la acción conjunta e inmediata de Honduras, Costa Rica y El Salvador, en cuyo mayor interés está, no la conservación de la paz en Centro América, sino la preservación de la paz bajo el gobierno constitucional. Esta acción puede ser pacífica primero y armada si es necesario. Los tres gobiernos deben hacer saber al triunvirato de criminales que se ha apoderado del Gobierno en Guatemala, que están unidos en la determinación de no permitir la permanencia del orden de cosas nacido de la traición y que están dispuestos a ejercer sus buenos oficios o su mediación conjunta para facilitar el restablecimiento tranquilo del gobierno constitucional. A este efecto Washington puede cooperar decisivamente, ya sea con su influencia activa y directa en Guatemala, ya con su franca reprobación del crimen consumado contra la seguridad, las libertades y las instituciones en Guatemala. La acción pacífica, o en su defecto la acción de fuerza, de los tres gobiernos centroamericanos, apoyada moralmente por Washington, sería irresistib'e, porque tendría la sanción y la colaboración del pueblo todo de Guatemala, y contra una coalición semejante la desatentada minoría que ha apelado a la traición y al cuartelazo para recuperar el despotismo, sería absolutamente impotente.

La causa del gobierno constitucional es la causa centroamericana por excelencia. De ella dependen la paz, la libertad, la felicidad, la existencia

este bandido, la paz se habría consolidado en México y con ella la práctica de las instituciones republicanas y democráticas. Hombres civiles e idóneos se habrían sucedido en el poder, el país no estaría hoy bajo el peso abrumador de las deudas de tantos años de guerra ni bajo la sombra opresiva de los resultantes problemas internacionales.

La traición de Tinoco produjo un hecho nuevo en la historia de Costa Rica, el despotismo y la guerra civil, y alteró por completo las relaciones internacionales de la República con el mundo entero. La nación fué sometida a dolorosas humillaciones en el extranjero y prácticamente no tuvo existencia internacional durante los dos años de dictadura de los dos delirantes malhechores que por un golpe de cuartel se apoderaron del Gobierno el 27 de enero de 1917.

De la traición del nuevo Huerta y del nuevo Tinoco no puede salir sino la dictadura y la guerra civil. El reloj ha marchado pues hacia atrás en Guatemala. La mano del crimen ha interrumpido allí como en México el proceso de la modernización del país en la evolución de la organización constitucional y ha restaurado el pasado con su expresión de fuerza, de opresión y de terror. Guatemala está hoy en los tiempos de México bajo Huerta y de Costa Rica bajo Tinoco. Esta es la virtud de la traición en todas partes, trabajar para el pasado, la catástrofe, la barbarie y la muerte.

Huerta era el Jefe del Ejército Constitucional de México, y con las fuerzas confiadas a su honor y su lealtad, depuso al Presidente y lo asesinó. Tinoco era el Ministro de Guerra del Gobierno Constitucional de Costa Rica, y por los métodos de Huerta depuso al Presidente y no lo asesinó o porque no vió en él una amenaza o porque temió que Washington lo tratara como a Huerta. Washington lo trató como a Huerta sin embargo. El «General» Orellana era el Jefe del Ejército Constitucional de Guatemala, y con el alma de Huerta y de Tinoco depuso al Presidente y lo encarceló. Estos tres grandes enemigos públicos, estos tres depravados y desesperados criminales, han tenido por igual como móvil de su crimen, la ambición personal. Lo han jugado todo, como ladrones nocturnos, en un golpe de audacia, se han instalado en el poder a explotar su conquista con la seguridad y la confianza del ladrón que se entrega al disfrute de los caudales robados.

Los antecesores del nuevo Huerta y del nuevo Tinoco, los modelos cuyo ejemplo ha reproducido el «General» Orellana en Guatemala, no han logrado perdurar sin embargo, ni vivir en paz en el poder. Huerta vivió en zozobra y combatido y perseguido hasta el momento de su cobarde fuga, porque estos piratas cuartelarios de América son tan malvados como cobardes, y la perversidad y la cobardía son sus más descollantes características. Tinoco no conoció un día de paz en la posición de mando que debió a la traición, vivió en la incertidumbre, en la instabilidad, en la ansiedad y la tortura de la conspiración y la hostilidad de todas las cosas coaligadas contra él dentro y fuera de su país, y huyó como Huerta, en un acto de cobardía, con el horror del poder por cuya conquista había cometido el más infamante crimen y dominado sólo por el anhelo animal de conservar la vida. La execración de su patria y del mundo hoy, de la historia mañana, cubre su nombre, como cubrirá su memoria, como cubre y cubrirá eternamente la memoria de Huerta. El «General» Orellana no escapará a este destino. Su suerte será la misma, será tal vez más trágica, que la de sus maestros de México y Costa Rica. La traición es un delito que lleva consigo su propio castigo y marca con baldón indeleble a sus actores. Es absolutamente infecunda, no funda nada y sus resultados son tan malignos que devoran a su propio padre. El último gran traidor de estos tiempos, el desgraciado «General» Orellana, llega, además, en una hora demasiado impropicia. Huerta y Tinoco todavía estuvieron, puede decirse, dentro de su tiempo. El nuevo Judas no. La hora está en contra suya. Es anacrónico; y su éxito está fatalmente condenado a ser más efímero que el de los bandoleros cuyas hazañas ha querido imitar. Huerta no sobrevivió mucho tiempo a su aventura. La tierra se lo tragó pronto después de que los hombres y las cosas hicieron imposible su permanencia en el poder, y su muerte escribió una severa lección en la carrera de los ambiciosos criminales. Tinoco vive, pero vivir es la expiación de su crimen. Vive para asistir a su deshonra, a su repudiación, a su ostracismo, a la ruina de todas sus quimeras de parásito sin moral y sin conciencia. Vive para el tormento del recuerdo de su hermano y compañero en la traición y el despotismo, muerto como un perro rábido en las calles de San José de Costa Rica, dejando con su muerte otra dura lección escrita en la historia de los aventureros galoneados que perpetúan en la América la ignominia y el azote de las traiciones militares. Tinoco huyó también, como hemos dicho. Huyó del poder, por el que había cometido el crimen de traición. Huyó de su pueblo, del teatro de sus crímenes, de la visión del castigo. El acto final del drama de su traición fué un acto de cobardía, como el del drama de la traición del soldado báquico de México. La traición no es sino el crimen más vil de la ruindad humana. Es por sobre todas las cosas cobarde. El traidor no es sino el más cobarde y más villano de los seres humanos. Es por esto por lo que el traidor surge como un cobarde y cae como un cobarde. En la sombra prepara y ejecuta su golpe, seguro de la impunidad inmediata; y a la fuga confía su salvación, incapaz de hacer frente como hombre a las responsabilidades de su maldad en la hora de la crisis y del peligro, cuando todas las fuerzas humanas del bien y la justicia se levantan cual una tempestad para aplastarlo.

Madero era un hombre de bien, un hombre de honor y de corazón, un hombre de excelsas virtudes, el hombre más ilustre por sus condiciones personales que podía haber ascendido al poder en México; y lo derrocó y lo inmoló un sargentón vulgar y grotesco, un villano alcohólico, sin más títulos para el mando que su crimen, su audacia y el terror que inspiraba. Alfredo González era un hombre de bien, un hombre decente, un hombre inteligente, un hombre honrado, cándido y confiado en los hombres como un niño; y lo despojó un fullero, que había velado tras la oportunidad toda su vida y que no había vivido ni aspiraba a vivir sino para el ocio y el regalo. Herrera era un hombre de bien, un hombre de posición en la vida, un hombre de trabajo y de fortuna, un hombre digno de estimación y de respeto; y lo asalta y lo arroja del Capitolio un antiguo pretoriano del despotismo como Huerta, una escoria del cuartel, un abyecto profesional de la espada, que ha degradado la espada toda su vida en la lealtad al despotismo, y peinando ya cabellos grises la degrada en la traición al derecho, al orden legal y la libertad constitucional, representados por el Gobierno popular del Presidente Herrera. En el cuartel están, pues, los enemigos de la civilización en América.

El héroe de la traición del 5 de diciembre es una hechura y criatura del cruel y depravado despotismo de Estrada Cabrera. Como este despiadado verdugo mantuvo por cerca de un cuarto de siglo el cetro de Nerón en sus manos, y la edad del nuevo pretendiente a la plaza de verdugo vacante en Guatemala desde que Estrada Cabrera cambió de domicilio y pasó del Capitolio a la Penitenciaría, es según parece de medio siglo y un lustro, es claro que nació a la vida de cuartel bajo el despotismo de Estrada Cabrera y que no tiene hoy memorias de su vida de soldado que no estén relacionadas con el pasado que llenan los espantosos crímenes de la tiranía

que emergió del cadáver de Reina Barrios. Este hombre, pues, no tiene más moral que la del despotismo, ni más mentalidad que la del despotismo, ni más escuela que la del despotismo. El no era, por otra parte, uno de tantos en la soldadesca y la turba de lacayos del amo; sino que él era un preferido, un favorito del despotismo, uno de los hombres de más confianza y más íntimos (en el sentido de cercanía) del déspota. El era el más visible y más significado representante de la fuerza bruta e inconsciente que servía de sostén al despotismo. El era bajo la tiranía de Estrada Cabrera, como bajo el régimen legal del Presidente Herrera, el Jefe del Ejército. El fué leal a su amo por todos los años de su fúnebre reinado, pero, con el instinto de las cosas, la última revolución lo encontró en sus filas a la hora del triunfo. El iba con su amo en el carruaje a cuyo paso una bomba estalló en una de las calles de la ciudad de Guatemala, un día del año de 1907. El fué herido por la explosión; y fué él quien extrajo del coche y acompañó a su casa al verdugo salvado por su estrella de la muerte a que lo había sentenciado la justicia del pueblo oprimido. Un hado bondadoso habría hecho perecer al «General» Orellana en aquel trance; pero los hados no tuvieron piedad de él y lo protegieron en aquel peligro y le conservaron la vida hasta hoy, para que se sepultara, antes de morir, en el oprobio y la miseria del crimen que ha cometido.

El golpe de cuartel del «General» Orellana, es la reacción del despotismo vencido, el último esfuerzo del despotismo por la supervivencia. Así fué en México con Huerta. Félix Díaz, Huerta, Blanquet, eran el pasado, representaban la reacción del partido de la dictadura de los treinta años, eran la rebeldía contra el triunfo de la revolución, que era el triunfo del pueblo. De todas las desgracias públicas de México desde la destrucción del régimen constitucional con el asesinato de Madero, es responsable el partido de la dictadura. La tribu de Estrada Cabrera en Guatemala no está saciada con cerca de veinticinco años de poder absoluto, y se obstina en la retención del despotismo. Esta es la significación del golpe de cuartel del 5 de diciembre. Es la vuelta al pasado, la vuelta a la tiranía, la vuelta al estado de barbarie, la *restauración*, no con Estrada Cabrera en persona, probablemente, pero con sus hombres y con su criatura el «General» Orellana. Todo esto se disfraza o se oculta con el manto del liberalismo, por supuesto; y de este modo nada le falta al movimiento reaccionario contra la república y la libertad para su completa identidad con el despotismo de Estrada Cabrera que ejerció imperturbablemente la tiranía en nombre del liberalismo.

En Guatemala ha triunfado y predomina hoy como fruto de la traición de diciembre, un siniestro triunvirato militar compuesto de tres «Generales», el «General» José María Orellana, el «General» José María Lima, pretoriano del despotismo como el primer triunviro, y con una célebre página en la historia del despotismo de Estrada Cabrera, porque fué él quien tramó y ordenó, de acuerdo con su amo, el asesinato del General Barillas, proscrito en México como enemigo del régimen de Cabrera, con graves consecuencias internacionales entre los dos Gobiernos; y el «General» Miguel Larrave, «Generales de División del Ejército de Guatemala», los tres. Son éstos los hombres que han sucedido al Presidente Herrera y a su gobierno constitucional. Son éstos los hombres que se han alzado contra la voluntad de la nación representada en el Gobierno derribado, el primer gobierno elegido popularmente en Guatemala. Son éstos los hombres que de nuevo pretenden imponer al pueblo de Guatemala el despotismo del gobierno personal, usurpador e irresponsable. Detrás de ellos están, por supuesto, los hombres envejecidos en el régimen pasado, la tribu insaciable de Estrada Cabrera.

Estos tres criminales asociados en el golpe nocturno del 5 de diciembre, se intitularon el día siguiente «Consejo Militar», y bajo esta denominación «asumieron» por «decreto» el «Poder Ejecutivo de la Nación», «*con todas las facultades extraordinarias que las circunstancias demandan*», convocaron en seguida, siempre como Consejo Militar, o Consejo de Guerra, la «Asamblea Nacional Legislativa», es decir, la última legislatura del despotismo de Estrada Cabrera, la cual se reunió instantáneamente, cual si hubiera estado aguardando la convocatoria a la puerta del cuartel, y ante ella se presentaron en cuerpo los tres desaforados a hacer la relación de las ocurrencias del 5, «dirigidas a establecer el orden constitucional», según palabras del «General» Orellana en el «manifiesto» que leyó ante la «Asamblea», la cual lo nombró sin pérdida de tiempo «Primer Designado a la Jefatura del Estado». En la proclama que firma con tal motivo dice este cínico: «La Constitución Federal y la del Estado serán la norma invariable de mis actos».

En esta situación, ¿qué va a suceder en Guatemala? En el más grande interés de la civilización está que estos aventureros salidos del cuartel sean inmediatamente eliminados y ejemplarmente castigados. Se ha publicado que Washington ha insinuado a los Gobiernos de Honduras y El Salvador, la observancia de una política de abstención y de inercia, «en interés de la paz en Centro América». Lo que quiere decir que Washington, en nombre de «la paz en Centro América», condena a Guatemala al despotismo y a la guerra civil. Garantizado en su existencia y en su libertad de acción por la política que Washington aconseja, el triunvirato formado en las conspiraciones de los cuarteles del despotismo, copiará a Tinoco en Costa Rica, y por una farsa eleccionaria procurará regularizar y legitimar el crimen de la traición y destrucción del Gobierno Constitucional, *eligiendo* a Orellana, que tiene todo el perfil del tirano tradicional, Presidente de la República. El pueblo de Guatemala no se resignará a esta mentira y procurará el restablecimiento de su soberanía y sus libertades por medio de la revolución y la guerra civil. Un gobierno de fraude, un gobierno de opresión, la guerra civil, la paz mortal del despotismo con la revolución siempre en latencia, son las posibilidades de la situación que en Guatemala ha originado el golpe de cuartel de los desalmados del despotismo.

Estas posibilidades pueden ser ahogadas y substituídas sin embargo por la acción conjunta e inmediata de Honduras, Costa Rica y El Salvador, en cuyo mayor interés está, no la conservación de la paz en Centro América, sino la preservación de la paz bajo el gobierno constitucional. Esta acción puede ser pacífica primero y armada si es necesario. Los tres gobiernos deben hacer saber al triunvirato de criminales que se ha apoderado del Gobierno en Guatemala, que están unidos en la determinación de no permitir la permanencia del orden de cosas nacido de la traición y que están dispuestos a ejercer sus buenos oficios o su mediación conjunta para facilitar el restablecimiento tranquilo del gobierno constitucional. A este efecto Washington puede cooperar decisivamente, ya sea con su influencia activa y directa en Guatemala, ya con su franca reprobación del crimen consumado contra la seguridad, las libertades y las instituciones en Guatemala. La acción pacífica, o en su defecto la acción de fuerza, de los tres gobiernos centroamericanos, apoyada moralmente por Washington, sería irresistible, porque tendría la sanción y la colaboración del pueblo todo de Guatemala, y contra una coalición semejante la desatentada minoría que ha apelado a la traición y al cuartelazo para recuperar el despotismo, sería absolutamente impotente.

La causa del gobierno constitucional es la causa centroamericana por excelencia. De ella dependen la paz, la libertad, la felicidad, la existencia

misma de todas y cada una de las repúblicas centroamericanas. Muy inepto y muy ciego ha de ser el gobierno centroamericano que no comprenda hoy esto y que no reconozca las obligaciones y responsabilidades que este hecho le impone y no esté dispuesto a cumplirlas. (Innecesario es advertir por supuesto que no tomamos en cuenta a Nicaragua, que para nosotros, bajo los Chamorros, no existe). Es hora de que los gobiernos centroamericanos tengan una política común, y esta política no puede ser otra que el mantenimiento a todo trance de los gobiernos constitucionales. Si los gobiernos de El Salvador, Costa Rica y Honduras oyen la insinuación de Washington y se cruzan de brazos como meros espectadores indiferentes de los acontecimientos de Guatemala, y abandonan al pueblo guatemalteco en la lucha contra la usurpación y el despotismo, serán culpables de una torpeza inaudita que redundará en agravio de sus caros intereses y equivaldrá a un crimen contra la estabilidad, la seguridad y la civilización de los pueblos que dirigen.

¿Qué ofrece Washington en cambio de la política de inacción que aconseja? ¿Cómo propone resolver el conflicto en que este consejo coloca a los gobiernos centroamericanos con respecto a los deberes que urgente, imperiosa e indeclinablemente demandan de ellos los acontecimientos en Guatemala? Es seguro que Washington tiene una política, cuyo primer paso es la insinuación aludida y cuyos designios no conocen los gobiernos centroamericanos de Costa Rica, El Salvador y Honduras. Washington no está tan interesado como estos gobiernos en la paz de Centro América bajo el gobierno constitucional. En realidad, a Washington no le importa un bledo el gobierno constitucional en Centro América, como lo prueba la situación que mantiene en Nicaragua hace diez años, y la cual no se diferencia de la que hoy ha aparecido en Guatemala sino en que la fuerza en que se funda no es nicaragüense sino de los Estados Unidos. Washington está además en Guatemala bajo las más graves sospechas de parcialidad por la facción que acaba de llegar al poder por el crimen. Washington es conocido en Centro América y fuera de Centro América como el amigo y el aliado tradicional de Estrada Cabrera; y si este monstruo malvado deshonra todavía a la especie humana con su presencia en este mundo, se debe a que Washington ha intervenido constantemente para salvarle la vida, escusándolo de la sentencia de muerte pronunciada contra él por los tribunales regulares de justicia de Guatemala. Los criminales que asaltaron el poder el 5 de diciembre, recorrerán como Tinoco toda la escala de la bajeza, la abyección y la claudicación para alcanzar el reconocimiento y la amistad de Washington, y si su empeño lograra su objetivo, tendríamos en Guatemala una situación como la de Nicaragua, o por lo menos un gobierno servil como el de Estrada Cabrera, cuyo servilismo no impidió sin embargo que usara el dolo y el engaño con Washington en circunstancias de grande emergencia para Washington. El árbitro de la situación emanada en Guatemala del crimen de los cabecillas militares de Estrada Cabrera, no debe ser Washington sino Centro América, es decir, el grupo de naciones centroamericanas compuesto de Honduras, El Salvador y Costa Rica, que son las primeras y más inmediata y directamente interesadas en el problema, sin que esto implique la exclusión de Washington. Pero el consejo de Washington a que nos hemos referido, implica la exclusión del grupo centroamericano en la solución del problema, porque parece preparar el terreno para la acción aislada y discrecional de Washington, y porque Washington tiene ya sobre el terreno dos investigadores. Y esto, los Estados Centroamericanos no deben tolerarlo, si es que no están dispuestos al abandono de sus más sagrados deberes y de sus más vitales intereses.

Guatemala es hoy, por otra parte, miembro de la República Federal de Centro América, constituída por Guatemala, Honduras y Salvador bajo el Tratado de Unión firmado en Costa Rica en enero de 1921. No conocemos la Constitución que debió dictar la Asamblea Constituyente que en virtud de dicho Tratado se reunió en Tegucigalpa en el curso del año citado; pero uno de los objetos de la unión según el pacto mencionado, es asegurar para los Estados federados «los beneficios de la libertad». La Federación garantiza además a sus miembros, según el pacto, los derechos individuales y la libertad del sufragio. La Constitución de los Estados Unidos garantiza a cada Estado de la Unión «una forma republicana de gobierno», y proteje a cada Estado «contra violencia doméstica». Las obligaciones de la Federación Centroamericana, escritas o no escritas en el pacto de unión o en la Constitución, son claras como la luz del día en la situación que se ha producido en Guatemala por el crimen de los felones militares de Estrada Cabrera. El deber del Gobierno Federal de la República, es proceder sin pérdida de momento a restablecer el orden constitucional en Guatemala. Si el Gobierno Federal no cumple con este deber, o no es igual a este deber, la consecuencia inevitable será la disolución de la federación. El nuevo ensayo de unión centroamericana está pues atravesando el momento decisivo de su destino al nacer.

La causa de la unión centroamericana es además inseparable de la causa de la revolución contra el despotismo en Guatemala. Con Estrada Cabrera en el poder la participación de Guatemala en la unión habría sido imposible. La bandera de la revolución que libertó a Guatemala y a Centro América del íncubus de Estrada Cabrera fué el unionismo. La fe del pueblo de Guatemala está en esta causa; y si esta causa triunfante hoy por su esfuerzo, lo abandona en el momento en que de nuevo clava su garra sobre él el despotismo, se morirá su fe en la causa de la unión y se convencerá por la experiencia de que esta causa es vana. Los felones que han usurpado el poder son enemigos naturales e históricos de la unión, aunque hoy hablen de ella con lenguaje de cortesanos, y si logran fortalecerse y perdurar, la romperán. La inacción indicada por Washington es, pues, de todos modos, mortal para la subsistencia de la nueva República Federal de Centro América, aun cuando por intervención de Washington llegara a reconstituirse el orden constitucional con la reposición del Presidente Herrera, pues los pueblos verían que eran deudores de esta merced no a la Unión sino a Washington.

CABOS SUELTOS

Pregunta del Director de "La Escuela Costarricense."

A este respecto, «La Escuela Costarricense» se permite rogar a Ud. que se sirva decirle, para trasladarlo al Magisterio en la edición de este mes, qué le pediría Ud. como padre y como ciudadano, a la escuela de sus hijos.

Respuesta del Editor del "Repertorio"

QUERRÍA para mi hijo una escuela pública coeducacional que cuidara de su salud y de sus buenas costumbres; que cuidara de su curiosidad, que es apetito de aprender; que lo hiciera pensar y que lo interesara sincera y activamente por las cosas de su país. Una escuela que conciliara el estudio con el trabajo manual, de modo que resultara un muchacho capaz, hábil y equilibrado. Una escuela con vida social y estética, en que el amor de servicio fuera el distintivo de la nueva ciudadanía.

Una lección ejemplar.—Respuesta de Romanones a los españoles de México.

«SEÑORES D. Eduardo Orduña, D. José de Caso, D. R. de la Serna, D. Luis Lillo y otros señores.

Muy señores míos y de toda mi consideración: Recibido el recorte del «Diario Universal», en el cual se transcribe la entrevista del señor Valle Inclán con el periodista cubano señor Rui Lugo de Viñas, y las declaraciones hechas por aquél, con carta, además, que ustedes se sirven enviarme, como presidente del Ateneo de Madrid, debo decirles, en contestación a esta última, lo siguiente:

El Ateneo de Madrid es una institución de muy compleja naturaleza; compréndense en ella elementos de varia y radical filiación. Este Ateneo, que se enorgullece de ser uno de los centros intelectuales más prestigiosos de España, funda ante todo su gloria en el tradicional respeto a la libertad del pensamiento, cualesquiera que sean sus formas de expresión, desde la más suave hasta la más aguda y violenta. Libertad mantenida en su propia cátedra, en donde todos los días desfilan personas de diversas y aun atrevidas posiciones políticas. No puede admitir el Ateneo, dada su extraña y singular composición, otros valores absolutos e intangibles que aquellos supuestos necesarios y fundamentales de la vida humana en general; por consiguiente, no debe definir, ni menos sancionar, ortodoxias y heterodoxias políticas ni religiosas.

Cualesquiera que sean los sentimientos personales de los individuos de esta Junta de gobierno y especialmente los míos (no muy difíciles, ciertamente, de adivinar, por mi constante actuación en la vida pública de España), como representantes del Ateneo no tenemos otro remedio que consultar en éste, como en otro cualquier caso de índole análoga, el espíritu y aun las normas reglamentarias de esta Sociedad. Y tanto el uno como las otras no nos ofrecen términos hábiles para intervenir del modo que desean en el asunto provocado por las declaraciones en ese país del señor Valle Inclán.

Con esta ocasión se ofrece de ustedes afmo. s. s. CONDE DE ROMANONES.—Madrid, diciembre de 1921».

(*La Prensa*. New York).

Palabras del Secretario de Educación mexicano al serie presentados los profesores municipales de la Ciudad de México:

No quiero servilismos; los profesores deben tener conciencia plena de que son hombres libres a quienes toca poner su inteligencia para el mejor desempeño de su comisión, pero siempre con la conciencia de que tienen derechos, y de que la superioridad es únicamente para organizar.

Estoy seguro de que basta la nueva situación en que se os ha colocado para que no sea necesario sino trabajar libre y alegremente, para el mejor éxito de la alta labor que la República nos tiene encomendada.

"Valores Literarios de Costa Rica." By Rogelio Sotela. San José, Costa Rica. Alsina, 1921.

AUNQUE los estudiantes más conservadores continúen considerando las letras hispano-americanas como una rama de la Literatura Castellana, los críticos sudamericanos se inclinan en un sentido más autónomo. Es más, que cada república encuentra campeones de la literatura nacional considerada como distinta de la del Continente, a pesar de la similitud de idioma y la continuidad geográfica. Así, ahora hasta la pequeña Costa Rica ostenta su antología e historia literaria, bastante modesta en verdad, cuando se la compara con los siete imponentes volúmenes de la historia de la literatura uruguaya de Roxlo. El plan del señor Sotela es simple, directo y efectivo; su prólogo describe su propósito como informativo más que crítico. Nada que pueda llamarse verdaderamente nacionalismo literario se manifiesta antes de mediados del siglo pasado, después de lo cual figuran cuatro generaciones definidas. Cada selección va precedida de una apreciación elogiosa del autor; pero tampoco ha procedido Sotela sin juicio certero, no obstante decididos motivos patrióticos. Presenta no menos de cuarenta escritores en 293 páginas en 8º De estos escritores es conocido para algunos de nosotros Fernández Guardia, desde hace tiempo, a través de una traducción de los «Cuentos Ticos»; Roberto Brenes Mesén, poeta, ensayista, filólogo y profesor que forma ahora parte de la Facultad de la Universidad de Syracuse; Joaquín García Monge, educador, editor, y espíritu modesto y original, publica ahora desde su casa editorial de San José algunos de los mejores libros que pueden encontrarse en la América Hispana. El hecho de que Costa Rica, en algo más de medio siglo, luchando con tantos problemas materiales haya producido siquiera tres hombres de ese tipo, habla muy bien del porvenir intelectual de la república. El libro de Sotela no sólo revela su país a los extranjeros, sino que es, en no escaso sentido, una obra de auto-revelación.

(Trad. de *The Literary Review of the New York Evening Post*, 14 de enero, 1922).

TIERRAS DE SOCONUSCO

POR LEONARDO MONTALBÁN

(Al escritor y amigo Ingº. JUAN DE DIOS BOJÓRQUEZ).

[«Bajo el sol de México» se llama el último libro del escritor nicaragüense don Leonardo Montalbán. Acabamos de recibirlo de su autor, y en obsequio a los lectores del REPERTORIO, trascribimos uno de los capítulos interesantes de la obra. El Sr. Montalbán quiere y admira a México y por eso le salen bien sus crónicas. Su erudición histórica es amena y simpática. El contacto comprensivo y afectuoso con los cronistas españoles de la Conquista, le da al señor Montalbán la visión precisa y limpia, sencilla y pintoresca de las cosas; todo ello en estilo bastante acabado. La visión del paisaje en algunas páginas es notable. (Véanse los cuadritos del Golfo de Fonseca y del lago de Amatitlán, por ejemplo). Otros capítulos más que nos han gustado mucho: *La leyenda de los volcanes* y *El anillo de Monseñor*.

En una palabra, el libro del Sr. Montalbán es de los que no se escriben con frecuencia por estas tierras. Creemos que con los años, cuando ni el autor ni nosotros estemos ya en este mundo, la obra «Bajo el Sol de México» se leerá con sumo gusto y algunos de sus capítulos aparecerán escritos con cierto candor antiguo].

BRAVO sol el de Soconusco. Cae limpio como luna de fino espejo, puliendo la mansa superficie del río Suchiate. Este sol atisba hecho mirada el lento avance de las canoas, hace destacarse a mitad de la corriente los negros troncos de árboles y lustra el hierro patinoso de un viejo puente, junto al cual las sencillas mujeres del pueblo estrujan su ropa blanca.

A un lado del río está Ayutla, con sus grandes casas pajizas, del otro lado una costa agria.

El detalle más importante es el de los viajeros que van a cruzar la frontera. Inquietos aguardan junto a sus equipajes el arribo de las barcas. Vienen éstas, veloces, manejadas por forzudos remeros. Se marchan enseguida con su carga de hombres y de mujeres, el golpe del timón espanta a las aves ribereñas, hasta que aparece

con toda precisión el vasto paisaje.

Abreva el ganado vacuno en un ribazo del río. El aire huele a selva. Un cerdo montés hoza entre los tupidos herbazales.

*

Al tocar la margen opuesta vuelve el loco ajetreo de la Aduana, la pertinaz solicitud de los conductores de petacas, el examen de pasaportes, la busqueda de contrabando.

Otro metal de voz, y el trueque de billetes por oro azteca indica que estamos en la tierra del Anáhuac.

El tren espera. Revisan de nuevo el equipaje las autoridades fiscales.

Tres horas más tarde era visible todavía el cono del Tajumulco.

Entrada la noche abordamos la ciudad de Tapachula, cuna del gran poeta y prócer de la Independencia. Fray Matías Córdoba.

Qué aspecto de misterio tienen estos pueblos que nos es dado conocer al amparo de la sombra, bajo el indeciso claror de las lámparas.

Un tranvía municipal nos llevó al hotel y luego al parque.

El tranvía es guiado por pequeños borricos, de grandes ojos negros y raído pelambre.

Tiene esta ciudad calles empedradas, activo comercio, una iglesia antigua, cines y Aduana.

Esto es Soconusco, la tierra costeña, famosa por su cacao.

Se toma aún el sabroso chocolate, prescindiendo de los consejos de don Antonio Colmenero, quien para explicar su uso en el siglo XVII, apelaba a la filosofía escolástica.

Al brebaje de hogaño no se le echan rosas de Alejandría, ni granitos de anís, ni gotas de ámbar. Cuando más alguna rajita de canela oscila entre las burbujas del agua.

*

Soconusco formó parte del reino de Guatemala. Los geógrafos de entonces le daban treinta y cuatro leguas de largo.

Fué tanto su renombre que aspiró a gobernarlo el príncipe de las letras castellanas.

Es un suceso interesante.

Corría el año de 1590. Cervantes ya había peleado en Lepanto, ya había estado en Corfú y vuelto de Argel.

Vencido por Lope de Vega, acaba de dejar el teatro.

No había conquistado la gloria, pero era dueño del corazón de doña Catalina de Palacios Salazar y Vozmediano, en cuyo loor, según dicen, escribió «La Galatea», libro que los comentaristas califican de inefable.

Por todo sostén material tenía un ínfimo sueldo en la Proveduría de las Armadas de Indias y esto gracias a la valiosa amistad del Arzobispo de Toledo, prelado compasivo que dolíase del guerrero, a la sazón casado, pobre y manco.

En largo memorial en que enumeraba sus servicios prestados a la patria, solicita del rey varios empleos, entre otros el gobierno de Soconusco, que no le fué concedido porque se le cambió por el de recaudador de alcabalas en la Mancha.

Yo imagino en esta gobernación al soldado que estuvo cautivo en tierra de moros, y a quien un fraile trinitario rescató por quinientos ducados.

Lo imagino escribiendo el Quijote, llevando al libro sus pleitos con la Real Audiencia, las hazañas de la Conquista, las cosas de encantamiento que relatan Ordóñez y López de Gomara.

Algunos de estos campos serían los de Montiel; la Sierra de Chiapas sería la Sierra Morena, y buenas mozas del partido, estas indias que llevan enagua al desgaire y en las orejas gruesos pinjantes.

Aldonza Lorenzo, con vasto sombrero de agave, sortearía el sol por estos valles en donde se esponjan el olocotón y la naranja. A su paso encontraría desenvueltas Altisidoras bailando oxtum que es alegre y liviana danza.

La gentil Dulcinea no cribaría trigo. —perlas, decía don Quijote,—porque no lo hay en esta costa, pero procrería abejas, y los padres de Aldonza, dueños de plantaciones de henequén, y de ganado porcino, enviarían a la Península buenos aparejos y jarcias.

Serían los molinos—los que al triste Caballero le parecieron jinetes—éstos que aun señalan el sitio en que hubo laboreo de minas, atezada piel tendría la pastora Marcela y en el número de los malandrines estaría hoy Fray Luis Meza que daba garrote a los indios so pretexto de explicarles la doctrina cristiana.

Ocasiones no le habrían faltado para defender doncellas. Entre los mismos Amadises que llegaron a la Conquista pocos erán los que como Bernal Díaz se conformaba con sólo una, y el propio Marqués del Valle le era infiel a la Marcayda.

Veo a Cervantes de golilla, fumando cigarros poquietes, signo de opulencia, y al craso de Sancho, buen amigo de curas y barberos, convertido en traficante de grana y jiquelite beneficiado.

Don Quijote, montado en Clavileño, iría de Ayutla a Tuxtla, de Huehuetlán a Escuintla, de Tonalá a Pigigiapa.

Me hago la ilusión de vivir en el siglo décimo sexto. Cervantes es todavía Gobernador de Soconusco y la dama que en estos momentos asoma a la vía, su esposa doña Catalina Palacios.

Doña Catalina que vuelve de compras, de gastar el sueldillo del Gobernador: novecientos noventidós pesos y cinco reales...

Conversaciones con Octavio de Romeu

Por EUGENIO D'ORS

MAÑANEROS, escalábamos hoy la colina de los chopos. A postre de tres turbios días de aguaceros, ha amanecido una mañana de junio sin nube; más aquélla ascendía, más nos inundaba, en íntimo goce maravillado, un deslumbramiento semejante al de vivir en el interior de un bacará.

Sirvióse el desayuno en el pabellón de los bustos. Con el Maestro estaban míster y mistres Byne, y *Xenius*, que acababa de llegar de los Vosgos y había hecho entrar nuevamente en la minerva de los Pellerin de Epinal, algunos arcaicos bojes olvidados, entre ellos no menos que cinco Judíos Errantes. Con la miel pasaban de mano en mano las imágenes lorenas, pero en el momento de los aromados fresones, se examinaron los diseños admirablemente incisivos y minuciosos de Mr. Byne, copia de rejas de antiguas iglesias españolas.

Después se habló de la carrera literaria de René Benjamín y de sus notas recientes, y menos afortunadas, sobre la Sorbona.

—El malogrado Kallab—dijo Octavio de Romeu—, en sus eruditísimos estudios sobre el Vasari, ha propuesto una hipótesis muy curiosa sobre las diferencias que pueden notarse entre la primera y la segunda edición de su famosa compilación biográfica. La segunda edición contiene mayor número de noticias que la primera, es verdad, pero también mayor número de mentiras... Y los críticos se preguntaban la razón de esta falsía, ya que de error no puede hablarse... Kallab da de ello una explicación profunda: entre la primera y la segunda edición del libro, dice, le había acontecido al Vasari un suceso importante: *había tenido éxito*.

¡Cuántas veces hemos observado en escritores, en artistas, en otros hombres de profesión espiritual o civil, esta disminución, esta deformación, esta impureza, en la segunda parte de

la tarea que van cumpliendo! Creación ingenua y vigorosa en la primera, carece de la propia carne, sangre de la sangre, agua viva del espíritu... A partir de un determinado momento, vuélvese todo mentira y falsificación. ¿Qué ha pasado? ¿Qué accidente ha venido a hundirles? ¿Qué enfermedad vino a herirles, que así les consumía, marchitaba, terminaba? El accidente, la enfermedad del Vasari, entre la primera y la segunda edición de las *Vite:* han tenido éxito.

—¿Cree usted, pues, que el éxito sea el adversario del heroísmo?—preguntamos.

—¿Y hasta qué punto, en la valoración moral de una empresa, ha de entrar la consideración del éxito o del fracaso que haya obtenido?—insinuó, con una graciosa sonrisa, míster Byne.

El Maestro prosiguió:

—Cuando Mauricio Barrés ingresó, muy joven aun, en la Academia Francesa, Juan Moreas escribió un artículo. Habíase producido entre los envidiosos, y aún entre el público, un poco de escándalo por la rápida fortuna de aquel escritor. Pero, generosamente, serenamente, Juan Moreas dijo: «Felicitémonos de este éxito. Siempre constituirá un hermoso espectáculo una carrera que sale bien».

La sangre griega hablaba entonces por boca del poeta generoso. La sangre griega, que gustó en cualquier caso de lo perfecto y acabado, de lo que ha alcanzado, normal y dichosamente, su propio fin. El mediterráneo genuino se inclinará siempre a ver en el éxito una condición de la gloria. Por enérgico, por elevado que haya sido en ellas el impulso inicial, no podrán complacerle la tentativa abortada, la fuerza vencida: El héroe mediterráneo es Ulises, fértil en astucias. Ulises, el aventurero largamente probado, pero vencedor por fin, al llevar su empresa a gozosa consumación.

Comparad a Ulises con Sigfrido, con el señor Tristán, con los máximos héroes de la idealidad germánica. Aquí, el instrumento de valoración moral ha cambiado completamente.

La victoria en la derrota, la salvación en la muerte, la «voluntad de ruina», son los distintivos de esta nueva especie de heroísmo. Ulises ha de «jugar y ganar», pero Tristán puede «jugar y perder» en el juego trágico de la vida. Puede perder impunemente, y aun encontrar en la misma pérdida triunfo.

El éxito no forma parte de la definición de su empresa; antes éste, con el fracaso, vese ennoblecido. Porque en el íntimo cuadro de valores de una raza, poco importa la cumplida valoración ante el mérito de la santidad del impulso...

Federico había llegado hacía un momento; se había sentado silenciosamente y escuchaba.

Luego ha hablado para proponer que el ejemplo mediterráneo de Moreas fuese constrastado con el germánico de Carlyle, cuando, al empezar en «Los Héroes» la conferencia relativa a *El Héroe literato*, deja de lado a Goethe, el de la Olímpica fortuna, y la admiración que le inspira, para preferir a Johnson, el pobre, el desventurado, el acerbo.

También *Xenius* ha dicho de Houston Chamberlain y de su insistencia en considerar la «voluntad de ruina» como una característica constante de la moral germánica.

—El héroe literario más elegante y más puro de la victoria en la derrota y de la íntima voluntad de ruina—ha continuado Maestro Octavio—es Don Quijote. En esto, como en tantas otras cosas, lo centralmente español revélase como antilatino. Ya a Lucano le censuraban los preceptistas clásicos, porque su héroe no salía en bien de la propia empresa, faltando así a una de las reglas de excelencia en el género épico.

Cristiano era Cervantes, pero no Lucano. No olvidemos este detalle, para evitar la tentación de atribuir este tipo de concepción moral, no al germanismo, sino al cristianismo.

Se equivocaría quien le definiese como una concepción ascética. El asceta y, en general, el santo cristiano, no es un *hombre arruinado*, sino un hombre que, en la esfera propia y dentro del propio querer, alcanza un éxito. ¿Cuál mejor éxito que hacer milagros? ¿Dónde más triunfo que en alcanzar la efectiva presencia mística de Dios?

Esto que el fuerte guerrero de la santidad se proponía, esto obtuvo.

No así Tristán o Don Quijote.

Estos, precisamente en lo que les corresponde como esfera propia, en el designio a que aspiraban, han fracasado.

Y sentir su sublimidad en el fracaso mismo, llegar a superación de la caída, y aun a la superación de la muerte, no con la inmortalidad, que también es vida, y mayor vida, sino con la misma muerte..., esto nada tiene que ver con el cristianismo.

—Tal vez, en algún aspecto, se opone incluso al cristianismo.

—Las cosas espirituales están tejidas con hilos sutiles. Brava tarea separarlos, pero aguda voluptuosidad también.

(Nuevo Mundo, Madrid).

POETAS ARGENTINOS

ALEJANDRO SUX

[Algunas poesías del tomo *Todos los Pecados*, «Ediciones Literarias», París, que el Sr. D. Alejandro Sux ha tenido la bondad de remitirnos. La cosecha poética del autor es preciosa y hay mucho donde escoger. Es una obra tan vívida, tan sincera, que a ratos hemos sentido como que el Sr. Sux y nosotros, y todos, somos uno mismo, somos el poeta afortunado que pudo y supo dar la expresión poética conveniente].

A MARTA PARA UN 8 DE FEBRERO

¡Compañera de mis sueños, compañera
de mi buena locura y mi dulce quimera!
¡Compañera de mis primeros pasos,
en mis grandes fracasos...
en mis auroras y en mis ocasos!

¡Compañera en el hambre maligna
y en la impía miseria!...
¡en la hora fugaz y benigna
y en la de histeria!...

¡Compañera en la dura marcha, en la dura
ascensión!
¡Compañera de mi buena locura!
¡Compañera de mi corazón!

Escucha, compañera, escucha la canción
del que a ti debe toda inspiración,
toda buena obra, toda buena acción...
¡todas las bonanzas de su corazón!:

«Un bohemio gorrión pió en la rama
de un viejo ombú que nos daba su sombra,
y nuestras manos se unieron. En el césped
dos palomas de nieve se decían su amor
y las flores del parque nos enviaban, [gentiles,
largos besos en la brisa de felpa».

¿Recuerdas?
Cuatro años... Cuatro años han [pasado ya!
Los años se fueron, el amor quedó...
y la condesita con su bardo está
como el primer día que le conoció.

¡Oh, mi buena Marta, condesita mía,
toda dulce el alma: luna y ambrosía!...
¿Acaso no sientes que por un poeta
de alma incomprensible y de vida inquieta
perdiste castillos, riquezas, blasones?
¿Te bastan, acaso, mis pobres canciones...?
¡Oh, mi buena Marta, mi Marta querida!...
miel para mi labio, venda para mi herida,
faro de mi ruta, playa de mi vida,
bajel de mis ensueños,
proa de mi ilusión,
espuela para mi Pegaso
en la inmortal ascensión,
lacrimario de mis dolores,
panal de mi alegría...!

...¡De mi jardín inculto traigo un ramo de [flores!...
¡Es todo lo que ofrecerte puedo en este día!

París.

ARIEL, TU QUE HAS NACIDO...

Ariel, tú que has nacido
con los brotes tempranos,
en jardín florecido,
con un beso de Abril;

sean pías tus manos
para el hermano herido
y los otros hermanos
tristes como Caín.

De par en par, las puertas
abre al perseguido
y déjalas abiertas
hasta que muera el sol.

No temas al olvido;
deja las rutas muertas,
y así, bueno y erguido,
llegarás, como yo.

París, 1º de abril.

TODO ES TAN TRISTE Y SOLO...

En los caminos, hoy que la tarde es tan fría,
sólo andarán los perros sarnosos y sin dueño,
los fantasmas de polvo que el viento alza en
[la vía
y algún viejo atorrante que se apoya en su
[leño

¡Todo es tan triste y solo! ¡la quietud que
[hay, es tanta!
¡el dolor es tan vivo! ¡el silencio tan largo!...
¡la soledad tan hueca!... Se siente en la
[garganta
el gusto de un sollozo convulsivo y amargo.

Lion-sur-Mer.

...Y YO NO HE LLORADO

Hoy he descubierto una nueva tiniebla
en lo más escondido de mi corazón;
una sombra muy negra
donde habita una llaga dolorida y feroz;
una fría caverna
que acaso no guarda un recuerdo de sol,
donde siempre paseó su silueta
el odio más verde, el más negro dolor,
el ansia más roja, la más dura mueca...
la maldad del Diablo y la ira de Dios!

¡Hoy he descubierto una nueva tiniebla
y yo no he llorado por mi corazón!

París, en un atardecer.

TRABAJAD POR PLACER

Trabajad por placer, no penséis en la
[estatua
futura ni en la final justicia;
la Gloria, en nuestros tiempos es una mujer
[fatua
o una vil hetaira que vende su caricia.
Trabajad por placer, que el placer beneficia
más que la bolsa de oro y la palma académica.
El afán de laureles,—enfermedad endémica
del siglo,—es una flaca vulgaridad...
¡Trabajad y reíos de la inmortalidad!

París.

ALBO LAPILLO NOTARE DIEM

Señalar los días con una piedra blanca,
jalones del camino,
y las noches con un hoyo profundo
porque en la ruta siempre hallamos abismos.

Señalar los días con una piedra blanca
para que sepan luego cuál ha sido la senda,
y los que nos siguen puedan contar los
[triunfos
contando nuestras piedras.

Señalar los días con una piedra blanca,
más grande y más pesada que los viles
[guijarros,
para que no la cubran las malezas y zarzas
que nacen de los campos,
para que el sol la dore con sus besos,
para que la luna coquetee en sus cantos,
para que el gusano no pase sobre ella
y se posen sobre ella los pájaros,
para que el reptil se hiera en sus aristas
y encuentre el peregrino un amable
[descanso...

¡Una piedra blanca
como un lampo!

Señalar los días con una piedra blanca
para que en ella labre sus pasajes el tiempo
para que los que vienen
nos tengan en recuerdo
y sepan que pasamos por el mundo
hacia el misterio,
con las manos abiertas,
aureolados de ensueño,
los labios florecidos de sonrisas,
generosos y buenos,
sin envidiar la gloria,
sin temer el infierno,
dando carne a la carne
y al espíritu sueños... muchos sueños!

Señalar los días con una piedra blanca,
jalones del camino,
y las noches con un hoyo profundo,
porque en la ruta siempre hallamos abismos!

París.

MIDINETTE

Pequeñita
midinette
que lees a «Zigomar»,
¿tienes hoy alguna cita?
¿al *Moulin de la Galette*
vas esta noche a bailar?

Golondrina
parisina
que huyes de la *morte saison*
has dado tu corazón
al pintor de la Argentina?

Mariposa
nunca quieta
que vas por el bulevar
alígera y presurosa
paseando tu alma coqueta,
¿es que has dejado de amar
al estudiante-poeta?

Y si eso
ya ha pasado,
como dices sin rubor,
¿por qué me niegas un beso
de tu labio encarminado,
si también te ofrezco amor?

Lirio frágil,
brisa leve,
ingénua, *charmante, jolie*,
¿en este redomón ágil
quieres que ahora te lleve
a mi tierra querandí?

¿Que no quieres?
¿Que me adoras?
¿Que ignoras a mi país?
¿Que a sus auroras prefieres
estas tardes incoloras
y a todo, a todo, París?

Golondrina
parisina,
canta la nueva canción!
Hoy la tarde está divina
y es la hora vespertina
la hora del corazón!

En la terraza de un café, en los Bulevares

El retiro del filósofo Bergson

(Por René Guillouin)

El retiro de Henri Bergson de la facultad del Colegio de Francia, después de cuarenta años de servicios, se debe, al decir de personas autorizadas, a tres razones: mala salud, deseo de huir de las luces del proscenio, y dos importantes trabajos de investigación que completarán la obra de su vida y ocuparán por completo sus energías en lo venidero. El célebre filósofo, que cuenta ya más de sesenta años, sufre de neuralgia y no se encuentra en condiciones de soportar las pesadas cargas de su posición oficial. Como es bien sabido, la fama del profesor Bergson se esparció con una rapidez embarazosa para el sabio, en los círculos «elegantes» de París, de modo que la sala en que da sus conferencias se encuentra atestada casi siempre con la flor y nata de la ciudad, que aparenta ser bergsoniana sin darse cuenta siquiera de lo que es filosofía. De esto se propone huir Bergson, refugiándose en la soledad propia de un sabio, donde se consagrará a darles forma definitiva a una serie de ensayos que formarán una especie de continuación de *L'Energie Spirituelle*. En el prefacio de esos ensayos resumirá su doctrina filosófica y analizará sus relaciones con la teoría de Einstein. Después de terminar esta labor, emprenderá un estudio cabal de las ideas morales de la raza humana.

A poco de anunciarse el retiro de Bergson, Paul Souday escribió en *Le Temps* un artículo en que describía la similitud entre el pensamiento de aquél y el de Taine y Renán. Al refutar sus opiniones, Guillouin habla de la manera como Bergson emprende el estudio de sus temas. Cinco años empleó estudiando la afasia antes de escribir *Matière et Mémoire* y diez años de lecturas fueron necesarios antes de escribir *L'Evolution Créatrice*. «Cuando Bergson consagró cinco años al estudio de la afasia, no fué con el propósito de reunir todos los casos de la enfermedad descritos en obras especiales, sino para *criticarlos*, no en el sentido literario de la palabra, sino en el sentido filosófico. Bergson creyó ver

que los médicos que describen los fenómenos de la afasia, mezclaban a sus descripciones, sin caer en la cuenta de ello, ciertas ideas preconcebidas, de origen filosófico o metafísico, extrañas a los hechos mismos, y todos sus esfuerzos se encaminaron a separar estos hechos positivos de las intepretaciones arbitrarias en que se les había envuelto. Sólo después de realizada esta labor podría inquirir una interpretación correcta, basada en el hecho mismo. Sobre esta base, estrecha pero segura, de una sana teoría de las relaciones entre el lenguaje y el pensamiento, pudo construir su concepción general de las relaciones entre lo físico y lo moral, el espíritu y la materia, el cuerpo y el alma. Asimismo para *L'Evolution Créatrice* hizo una crítica implacable y definitiva del evolucionismo de Spencer, considerado como un arbitraria mescolanza de ideas preconcebidas con hechos biológicos, ontogénicos y paleontológicos, para establecer la teoría del neotransformismo. En otras palabras, para estudiar filosofía, según Bergson, se requiere antes que todo ser sea un erudito, en seguida un crítico y por último un metafísico.

(Arreglo de *La Reforma Social* N. Y.)



PROCESO HISTORICO

Por don TRANQUILINO CHACÓN

Es una lectura grata la que proporciona este fragmento de unas memorias escritas con el propósito de aportar material sano para la construcción de un período de la historia de Costa Rica.

A pesar de lo que pudieran hacer pensar algunas de sus declaraciones en el curso de su narración el autor es optimista. El cuenta para ejemplo de las generaciones jóvenes, no para exhibir su talento de narrador ni para defender una actitud suya que pudiese juzgarse comprometida ni menesterosa. El cree que la exposición de las flaquezas de los políticos de su patria y de su tiempo puede servir de enseñanza a quienes necesariamente sucederán en el manejo de los negocios públicos; tiene fe en el poder de renovación de la juventud de su país y por tanto quiere contribuir con su palabra, que refleja la descomposición de una época, a la aproximación de la hora de ese renacimiento de las fuerzas saludables que parece tuviérase derecho a esperar de las generaciones en primavera. El optimismo del autor surge de su hombría de bien. Es optimista porque es generoso: su historia castiga sonriendo. Se da cuenta de la gravedad de las acciones humanas; algunas lo desgarran, pero no se venga de ese dolor con el encono del malvado.

En las páginas de esta Parte Primera hasta ahora publicada el señor Chacón revela ser un representante de la cultura de aquella generación que se educó entre el sesenta y el ochenta y cinco. Sus citas, su filosofía política, el giro de su entendimiento, el franco manejo de la lengua, todo en él pone de manifiesto aquella lectura sólida de la época: las *Cartas* de Lord Chesterfield, los *Discursos* de Mirabeau, el *Libro de los Oradores* de Timón, Voltaire, Chateaubriand, Víctor Hugo, Lamartine, Constant, Mad. de Stael, Castelar, Bello, Heredia, Plácido, Gutiérrez González, la *Lira Americana*, Alberdi, Lastarria y otros más. Algunos de los clásicos se releían como para dejarlos en la memoria: Horacio, Virgilio, Dante, Milton, Cervantes, Calderón, el *Lazarillo* del Tormes, Gil Blas, y no de una manera indigesta, sino en forma tal que se asimilaban el pensamiento y lo hacían propio. Las citas de sus obras les salían con la naturalidad con que brotan las aguas del manantial. Balmes y Krause eran sus maestros de Filosofía. Sus libros no eran muchos, pero tomaban mucho de sus libros y le convertían en su alimento diario. Bastante de lo que dicen los hombres de esa generación pudiera ir encomillado si no fuese que les es propio como resultado de una paciente rumia intelectual. Los hombres de su generación sabían leer. Solían reunirse los días de fiesta para recitar sus versos o por las noches para leer en alta voz, siguiendo los consejos de Legouvé.

De suerte que al recorrer las páginas de esta Parte Primera me ha venido como en panorámica visión toda la época a que el señor Chacón pertenece. El es honra de esa generación.

El estilo de este trabajo es claro, abundante, sin tropiezos. No se encuentra en él la meticulosa exquisitez del prosador que escribe con el propósito de construir una obra de arte; sino la franqueza directa del periodista que sabe sazonar sus editoriales con la sal de una ironía. Esgrime la sátira y el sarcasmo sin rencor. Diríase que todos estos efectos le resultan del contraste entre los actos humanos que describe y la doctrina de ética política que constituye el fondo de su pensamiento, y que le sirve para juzgar a los hombres que intervienen en los acontecimientos que narra. El ambiente en que ha vivido se refleja en su estilo. El vuelve al lenguaje familiar y aun popular con el objeto de decir las cosas como a él le parece que son. Suele este ser un lenguaje expresivo y correcto, si bien la pulcritud académica pudiera aquí y allá sugerir nimios reparos. Al señor

Chacón sirve el estilo para llenar un fin: redactar unas memorias. Otros escribirían historia para hacer estilo.

El señor Chacón posee una filosofía política formada con la lectura y asimilación de Lastarria, Florentino González, Stuart Mill y los tratadistas franceses de principios del siglo diecinueve. Su fe en la República es absoluta e inquebrantable. Los principios de la República le parecen definitivos e inviolables. Todo cuanto atente a ellos es un peligro. La demagogia le merece la misma condenación que la tiranía o la oligarquía. Abomina del partido republicano de su país porque habiendo fomentado el *gamonalismo* ha engendrado la demagogia, acusa al olimpo de haber creado la oligarquía y condena el *Civilismo*, a que él mismo perteneció, por su proclividad hacia la tiranía. Nada tiene que ver el señor Chacón ni con los orígenes psicológico sociales de esos partidos ni con los elementos que los integraron. Basta que hayan producido respectivamente la demagogia, la oligarquía y la tiranía para que le merezca aplausos su disolución, más aparente que real. Un partido puede prestigiarse o infamarse y perecer en un pueblo adelantado en donde existe la conciencia de una elevada moral política. En Costa Rica todavía no existe esa conciencia elevada. Por eso se ha visto la tentativa de una resurrección del partido sedicente republicano, casi con los mismos descompuestos elementos que le habían envenenado la sangre y dado muerte.

El señor Chacón concibe una república ideal donde no hay demagogia, ni tiranía ni oligarquía. En nombre de este ideal, que lo fué de todos los publicistas ingleses, franceses, españoles y americanos del siglo XIX, él condena la actuación política de los partidos y los estadistas. Eso es lo justo, si consideramos su punto de partida y su propósito. No otra cosa haría el tratadista teórico ni el periodista de oposición. Y mientras estos puntos de vista no se sitúen en más elevadas cumbres, esa república ideal continuará siendo la piedra de tropiezo de los estadistas y la trinchera de la oposición. A su relato, tan atrayente de por sí, habría añadido el señor Chacón mayor interés si penetrando en el análisis de las ideas demagógicas nos hubiese mostrado cómo ellas son simplemente una consecuencia natural de los principios de su república ideal, y si nos hubiese señalado en la tiranía y la oligarquía dos erróneas tentativas de prevenir los males sociales derivados de la indiscreta aplicación de esos mismos principios del gobierno ideal. Y no puede haber sabia aplicación de ellos mientras los hombres no hayan alcanzado una extraordinaria estatura moral y política que no es de nuestra época. Gobierno ideal que jamás existirá, porque cuando sea la hora de aplicarlo, ya los hombres no necesitarán gobierno político alguno.

Este concepto del gobierno representativo es la base de su filosofía política. Cuando los hombres se esfuerzan en vivir ese gobierno merecen la aprobación del autor; cuando se desvían—que es casi siempre—el señor Chacón acusa, juzga y condena. En el político él exige la lealtad a esos principios y en este punto es en donde su filosofía política se da la mano con su filosofía moral.

La hombría de bien que constituye la médula espinal de la personalidad del señor Chacón él la erige en el código de los políticos de su patria. Como los más no se ajustan a esas reglas el señor Chacón los encierra en los círculos dantescos dentro de los cuales ha clasificado todos los servidores de una administración política costarriqueña. La traición le produce un calofrío invencible. Y a pesar de que el otro principio de su filosofía moral es la Ley de compensación, no parece haber visto que aquel final era la tragedia con que debía concluir un partido que durante veinte años había venido mintiendo, corrompiendo, peculando, traicionando. Cuando en 1914 culminó en el poder el partido sedicente republicano todo lo pútrido que en él había venido fermentándose desde abajo, por largo tiempo, ahora se abría ante la luz del sol para consumirse en su propia fermentación palúdica.

La ley de causación aplicada a las acciones humanas en el curso de la historia es un sólido principio sustentado, como de paso, por el señor Chacón. El enaltece su concepto de la historia. Si bien es verdad que sería exigir lo imposible la demanda de que le hubiese aplicado rigurosamente en el curso de solas ochenta páginas que narran un acontecimiento político engranado con la historia de otros que no forman el objeto de su presente relato.

Su concepto de la historia es que ella debe ser la maestra de la vida. Sea para otros el intentar la vivisección de las acciones humanas para descubrir orígenes y móviles. Para otros será el convertir la historia en una ciencia independiente de la moral de la conducta humana. Para el señor Chacón continúa siendo lo que fué para los grandes historiadores clásicos, en especial para Plutarco y Tácito que no sabían como dejar a un lado sus principios de moral política al contar las grandes o las viles acciones de héroes o de tiranos.

Al señor Chacón tampoco se le ocurriría guardar sus convicciones de orden moral para sentarse a relatar con exactitud y con belleza hechos históricos que no contuviesen una enseñanza provechosa para sus semejantes. Quizá si la Historia vuelve ahora por ese mismo camino. La de Wells, por ejemplo, va por él.

Detrás de todas esas ochenta páginas se destaca la figura del autor con generoso corazón, su lealtad y su hombría de bien. Se le ve con valor para decir cuanto piensa de sus conciudadanos públicamente, cuando hay millares que pueden refutarle, si es que él no ha dicho la verdad o si es que intencionalmente la ha desfigurado con fines egoístas.

Este PROCESO HISTÓRICO es una obra digna de consideración.

R. Brenes Mesén

Syracuse, N. Y. 1922.

Mientras haya pulque y toros no habrá civilización en México

No habrá teatro mexicano mientras el pueblo esté corrompido por espectáculos viles como el de los toros, que acaban con la virilidad y el gusto.

ACOGIENDO las ideas emitidas recientemente por nuestro amigo y compañero don Carlos González Peña, acerca de la necesidad de estimular el arte teatral en México, fomentando la educación de los jóvenes que tengan inclinación y dotes artísticas para crear verdaderos actores, hemos resuelto abrir una encuesta entre todos aquellos elementos que, por sus luces, puedan indicar cuál es el medio más seguro de lograr aquel fin.

Abrimos esta encuesta con el señor Secretario de Educación Pública, Licenciado Vasconcelos, a quien entrevistamos ayer a medio día, por la caballerosa mediación de su secretario particular, don Jaime Torres Bodet.

El señor Licenciado Vasconcelos dió respuesta a nuestras preguntas, de la siguiente manera:

1º—No creo que el teatro ni ninguna otra actividad social se desarrolle mediante estímulos extremos, ni mucho menos gubernativos. Las academias de arte nunca han dado buen resultado en ninguna parte. Siempre recordaré la ocasión en que salí horrorizado del Teatro de la Academia Francesa, tapándome las orejas para no oír los gritos horribles de Mounet Sully ni el canto de todas aquellas artistas convencionales, que son producto natural de esos establecimientos. Las verdaderas artistas en materia de teatro son las italianas, y éstas se han formado en el teatro mismo, a veces en compañías de la legua, y han ido creciendo impulsadas por su propio genio; entiendo que así se han formado la Duse, la Mariani y otras que no hace muchos años visitaron México. La excelencia del teatro argentino la atribuyo a la influencia italiana y a su origen popular. No sé que el Gobierno argentino gaste grandes sumas en escuelas de arte teatral, ni que pensione artistas de teatro en el extranjero; esa no es manera de crear arte; el arte nunca es un producto artificial sino una manifestación espontánea, y por lo mismo juzgo que el arte teatral de México deberá salir de los teatros populares y no de nuestros conservatorios.

2º—Por supuesto que debe suprimirse la pronunciación de la *c* y de la *z* españolas, pues es una tontería hablar de un modo en la vida y de otro en el teatro. El defecto principal de nuestras artistas de teatro consiste en querer imitar de una manera ciega a las actrices españolas, que por una parte nunca han llegado a la excelencia de las italianas, y que además están muy bien pronunciando sus *z* a su manera, tanto como las nuestras se ponen en ridículo cuando pretenden imitar el acento español.

3º—No creo que el teatro mexicano no se desarrolle por culpa del boycoteo de empresarios extranjeros.

Si no hay teatro mexicano es por la misma razón por lo que no hay espectáculos ni verdadera vida artística; porque nuestro pueblo está corrompido por espectáculos viles como el de los toros, que acaban con la virilidad y con el gusto. No hay nada más cobarde que la actitud del público de toros que goza con el valor ajeno, con el valor del torero,—cuando por excepción, lo tiene,—pero no toma parte alguna en el espectáculo y exige proezas sentado, sin peligro, entre una multitud de salvajes. Para estimular la producción de obras de arte mexicanas es necesario sacar al pueblo de las tabernas y de los toros. Mientras haya pulque y toros no habrá teatro mexicano, ni arte mexicano, ni civilización mexicana.

(*El Universal*. México. D. F.)

La conversión de Giovanni Papini

(Por M. ZEPPA DE NOLVA)

EL mundo literario cuenta con un nuevo converso: Giovanni Papini al publicar su *Storia di Cristo* se afilia entre los defensores de la religión, y su primera obra es apologética, doctrinal, pesada y desprovista de gracia, reflejo de un corazón sencillo y de un espíritu que ha recobrado la ingenuidad. Siempre se abren con temor y se leen con recelo las páginas que contienen la fe nueva o renovada de un apóstol... Cuando la gracia ilumina a uno de estos hombres arrepentidos tardíamente, no se traduce sino por efusiones reiteradas que no comunican al lector la emoción o el éxtasis del converso. Los balbuceos inciertos y turbadores de la oración de Pascal no están al alcance de todo el mundo.

Papini nació en Florencia en 1881. Hijo de una familia pobre, estudió para institutor, pero no pudo dedicarse a la enseñanza por falta de salud. Inicióse en la filosofía por el camino del pesimismo, que abandonó de pronto para consagrarse al estudio de la literatura española, atraído sobre todo por la inmensa figura de Don Quijote. En unión de algunos amigos fundó en 1900 una revista: el *Iconoclasta*, cuyo propósito era derrumbar los falsos ídolos de la sociedad y del espíritu. Más tarde, en 1902, fundó en Florencia otra revista, *Leonardo* (1903-1907), que ejerció grandísima influencia sobre la juventud italiana. Allí aparecieron los primeros cuentos de *Lo trágico cotidiano*. En esa época se coloca a la cabeza de los pragmatistas italianos de entonces, que simpatizaban vivamente con la filosofía inglesa de Schiller, la norteamericana de James y la francesa de Bergson. De pronto apareció como redactor principal de la revista *Regno*, órgano del nacionalismo italiano y aun hizo entonces un viaje de propaganda por Italia. A este período pertenecen *Il Crepuscolo dei filosofi*, estudios no desprovistos de ironía acerca de Hegel, Schopenhauer y Nietzche, e *Il Tragico quotidiano*. Así nació su celebridad. Después de una campaña enérgica en favor de la renovación de la cultura, retiróse en 1907 a la soledad de las montañas, y allí vive la mayor parte del año desde entonces. *Memorie d'Iddio* (1911) y *Altre Metá* (1911), son ensayos de filosofía mefistofélica en que abundan conceptos negativos sobre el mal, la nada y lo imposible. En 1913 apareció *L'Uomo finito*, autobiografía intelectual que es uno de sus mejores libros. Por esa época comenzó a publicar *Lacerba* (1913-1915) revista de estrepitosa mala fama, que publicó escritos escandalosos, por uno de los cuales, consagrado precisamente a Jesucristo, se le acusó ante los tribunales. Se afilió por algún tiempo al futurismo, del que se apartó por no encontrarlo bastante revolucionario. En 1915, en plena guerra, publicó su primer libro de versos, *Cento pagine di poesie*, al que siguió luego *Opera prima*. Ha escrito también un penetrante estudio crítico sobre Carducci, y muchos artículos en diversos periódicos, aunque aparenta detestar el periodismo.

Esa es, en resumen, la carrera de este autodidacta, que comienza con la negación total, con las demasías de la blasfemia y llega al fin a la abdicación total de la razón ante la más sencilla fe. Según creencia popular los negadores violentos están más cerca de la fe que los escépticos fríos, y este ha sido

el caso de Papini, que ha buscado siempre una idea directora en que confiar, y una disciplina. La filosofía, el arte, la exaltación del yo, la apoteosis de la razón por la cual el hombre puede equipararse a los dioses, no le han procurado más que desengaños. ¿Es que le ha pedido demasiado al pensamiento? Es posible. Bouvard y Pécuchet se lanzaron con entusiasmo a la conquista de conocimientos nuevos; Papini lo hace con recelo y cuando se encuentra con nada a la postre siéntese terriblemente dichoso. ¿Qué le quedaba por hacer después de haber recorrido el campo de la ciencia humana? Humillarse en la fe cristiana; he allí la génesis de su libro, de cuyo tono da una idea la frase siguiente, a comienzos del prefacio: «Hace cinco años los que se dicen espíritus libres, porque han trocado la Milicia por la Ergástula, no abrigan más que un solo deseo: asesinar a Jesús por segunda vez». El, soldado de Cristo, ¿qué viene a hacer? A ofrecerle al mundo un libro que oponer a la *Vida de Jesús* de Renán: «un libro escrito por un laico para laicos que no son cristianos o que solamente lo son en apariencia». Y si alguien se sorprende de ese proselitismo inesperado, le responde: «el cristianismo no es una antigualla ya asimilada por la admirable e imperfectible conciencia moderna; para muchos es tan nuevo que no ha comenzado todavía»... No cabe dudar de la sinceridad de Papini: la atestigua el ardor con que emprende las más distintas aventuras espirituales. Pero con todo, su libro es frío, de una dialéctica palabrera y superficial; trata los temas religiosos por medio de procedimientos retóricos a veces triviales, a veces harto profusos, hasta convertirlos en una verdadera novela, como la novela del hijo pródigo. La sinceridad no basta: hay más sensibilidad comunicativa en diez líneas de Renán que en las 629 páginas de la obra de Papini... El dón de la emoción y de las lágrimas es más raro y sublime que el dón del verbo...

(Arreglo de *La Reforma Social* N. Y.)

REPERTORIO AMERICANO

Revista de prensa castellana y extranjera.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicada SEMANALMENTE por

J. GARCIA-MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

El número suelto.............	¢	0-50
La serie de 5 números, pagada por anticipado y solicitada a la Administración.........		2-00
Para el extranjero, el número suelto.........................	$	0-15 oro am.
El tomo (30 entregas).........		4-00 » »
La página de avisos, por inserción.........................		20-00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica